

Lo de siempre, para otros

“Pues toda la vida se ha vivido allí”, dicen. Se refieren al cortijo de la sierra, que no tiene agua corriente, ni electricidad (ni lavadora, ni televisión, ni frigorífico, ni luz ...), ni cuarto de baño, ni otra cocina que la de leña, ni habitaciones que separen a unas parejas de otras, a unas familias de otras, o con habitaciones diminutas donde las camas que ya no quieren los propietarios en las casas del pueblo apenas dejan cerrar la puerta, con el frío de enero entrando por las rendijas de la portezuela del ventanuco. “Y vivían tan ricamente”, dicen. “Y trabajar, trabajaban, más que ahora. Se levantaban antes del alba y al amanecer ya estaban cogiendo aceitunas, y así hasta que anochecía, y sin sábados ni domingos. Pero también sabían divertirse, más que ahora. Por las noches se liaban unas buenas, con mucho cante y mucho baile, y mucho picante, que se creen algunos que eso del picante lo han inventado ellos. Mi abuelo tenía que recorrer diez kilómetros de noche, después de haber estado todo el día de faena, para poder ver a su novia, y los recorría. Diez de ida y otros diez de vuelta. Y al día siguiente otra vez a la faena. Y algunas veces se juntaban unos pocos con una guitarra que ni sabían tocar y una sartén y se iban de ronda, y así sí que lo pasaban bien, mucho mejor que ahora”.

“Lo que pasa es que ahora nos hemos vuelto todos unos señoritos”, dicen. “Tenemos el culo hecho a los sofás y a los sillones de orejas, parece que la tarde se ha creado para echar la siesta, queremos el sábado para salir de copas y el domingo para irnos al chulé. Estamos acostumbrados a poner la mano y trabajar que trabajen otros. Ahora, antes de empezar a trabajar, ya te están pidiendo: que si cuarto de baño, que si televisión, que si frigorífico, que si una olla exprés, que si una habitación por matrimonio y una cama por persona y que si agua en el grifo, cuando toda la vida de Dios se ha vivido sin nada de eso y, como te decía, se divertían más que ahora”.

“¿No quieren trabajar, coño?, pues que trabajen. Lo que pasa es que no quieren trabajar. Si les obligara, verías como tendrían que tragar con lo que fuera. Pero no les obliga y, claro, pueden pedir. Que querían luz eléctrica y televisión,

porque anochece a las seis y la noche se hace larga, me decía unos. Pues que hablen, que canten, que bailen, que jueguen a las cartas... Que hagan lo que se ha hecho siempre, que se está perdiendo nuestra cultura con tanto silencio y tanta película americana. Y, si no, que se acuesten antes”.

Y quienes esto dicen tienen en su casa (y quizá en su chalé, y quizá en su apartamento de la costa, y quizá en su piso de la capital) calefacción, y dos o tres televisores, y un ordenador o dos, y un equipo de música o dos, y siete radios, y una cubertería buena y otra más buena todavía, y una cristalería buena y otra mejor, y una vajilla estupenda y otra para la visitas, y doble acristalamiento, y dos o tres cuartos de baño, uno de ellos con hidromasaje, y un congelador, y se cabrean si se les acaba el agua caliente cuando se están duchando y no saben qué hacer si una noche se les estropea la tele durante media hora.

Y quienes esto dicen se dan una vuelta por su finca, pero no suelen recoger las aceitunas, quizá porque las aceitunas que les tocaba recoger a ellos ya las recogieron sus abuelos, éstos que se divertían tanto pasando fatigas.

Juan Bosco Castilla